

Tú, Señor, me ves

Basado en Lucas 15:11 al 32

“Mi pecado te declaré y no encubrí mi iniquidad. Dije: ‘Confesaré mis rebeliones a Jehová’, y tú perdonaste la maldad de mi pecado” (Salmo 32:5).

IMAGINE POR UN momento que usted es testigo de la reunión del hijo pródigo con su padre. “Cuando aún estaba lejos, lo vio su padre” (Juan 15:20). La palabra “vio” está muy cargada de significado. Vio quién era, vio de dónde venía, vio las vestiduras harapientas, vio la inmundicia de los cerdos en sus manos y pies, vio su aspecto penitente. Dios ve a las personas de una manera que usted y yo jamás entenderemos. Ve a través de nosotros, a simple vista, como si fuéramos de cristal; ve todo nuestro pasado, nuestro presente y nuestro futuro.

Cuando el padre vio al hijo, “fue movido a misericordia”. Su corazón no sentía ira hacia su hijo; solo sentía compasión por aquel pobre muchacho que se había causado tanto daño a sí mismo. Ciertamente que era culpa del muchacho, pero en aquel momento no lo pensó. El estado en que se encontraba, su miseria, su vergüenza y su rostro, pálido por el hambre, conmovieron el corazón de su padre. También Dios se compadece de nuestros sufrimientos y miserias. Aunque nosotros mismos seamos la causa de nuestros problemas, Dios se compadece de nosotros. “Por la misericordia de Jehová no hemos sido consumidos, porque nunca decayeron sus misericordias” (Lam. 3:22).

Se cuenta una historia más moderna, de un padre y un hijo que habían discutido. El hijo huyó, y el padre partió en su busca. Lo buscó durante meses, pero sin éxito. Finalmente, en un último esfuerzo desesperado por encontrarlo, el padre puso un anuncio en el periódico. El anuncio decía: “Querido hijo, reúneme conmigo delante de la redacción de este periódico el lunes al mediodía. Todo está perdonado. Te quiero. Tu padre”. El lunes se presentaron ochocientos “hijos”; todos buscaban el perdón y el amor de sus padres.

Todos nosotros necesitamos que nuestro Padre celestial nos perdone. ¿Cree usted que él está demasiado ocupado para que pueda escuchar su confesión? ¿Tiene miedo de que no le haga caso y lo rechace? Recuerde la historia del hijo pródigo. Nuestro Padre celestial nos busca.

“Mirad cuál amor”

Basado en Lucas 15:11 al 32

“Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios” (1 Juan 3:1).

ESTOY SEGURO de que ha habido ocasiones en que un hijo, o una hija, des-carrado ha regresado a casa y sus padres no han dicho nada. Eso sí, estaban molestos porque su hijo les había causado tanto dolor y, cuando empezaron a hablar, le recordaron todos los errores que había cometido en la vida.

Sin embargo, cuando los pecadores acuden a Dios, él los recibe amoroso y, alegre, les da la bienvenida. Esta no es una bonita historia que Jesús contó para entretener a la gente. Quería que aquellos que acuden a Dios en busca de perdón tuvieran la certeza de que es misericordioso a causa del gran sacrificio de Cristo.

Cuando Dios dice que nos ama, siempre es así. En él no hay doblez. Quienes se arrepientan y acudan a él descubrirán lo mucho que los ama. Estimado lector, usted es incapaz de medir el amor que él tiene por usted. Lo amó desde antes de la fundación del mundo y lo amará cuando el tiempo ya no sea.

No siempre somos conscientes de su inmenso amor. Entonces el Espíritu Santo nos conmueve con el amor del Padre. Cuando eso sucede, sentimos que el corazón nos estalla. Es como si un torrente de amor irrumpiera en el corazón, llevándose por delante todo cuanto encuentra a su paso. Así recibe Dios a los que piden ser salvados. “Con amor eterno te he amado; por eso, te prolongué mi misericordia” (Jer. 31:3).

Cuando su padre lo recibió, el desdichado pródigo supo como nunca antes que su padre lo amaba. No le quedó ninguna duda al respecto. En el momento en que un pecador cree en Jesús recibe un torrente de amor. ¿Se ha fijado en el rostro de los que acaban de ser bautizados? Dios no siempre reserva el buen vino para el final.

He aquí una promesa: “Deje el impío su camino y el hombre inicuo sus pensamientos, y vuélvase a Jehová, el cual tendrá de él misericordia, al Dios nuestro, el cual será amplio en perdonar” (Isa. 55:7).

“Cuanto está lejos el oriente del occidente”

Basado en Lucas 15:11 al 32

“Porque, como la altura de los cielos sobre la tierra, engrandeció su misericordia sobre los que lo temen. Cuanto está lejos el oriente del occidente, hizo alejar de nosotros nuestras rebeliones”
(Salmo 103:11, 12).

EL HIJO PRÓDIGO tenía muchos pecados que confesar. Por eso llegó a sugerir un castigo para sí: no merecía ser llamado hijo y, por tanto, estaba dispuesto a ser considerado un siervo. Sin embargo, antes de que pudiera terminar de contar su triste historia, su padre ya lo había perdonado. Así de dispuesto está nuestro Padre celestial para perdonarnos cuando demos el primer paso hacia la confesión, por pequeño que sea.

Todos los que regresan a Dios pasan por la misma experiencia del hijo pródigo. Su padre lo había perdonado a cambio de nada. Sin embargo, después de todo, el joven siguió diciendo: “Padre, he pecado contra el cielo y contra ti, y ya no soy digno de ser llamado tu hijo” (Luc. 15:21). Aunque Cristo lo haya perdonado, no dude en reconocer su pecado ante Dios.

El abrazo del padre significaba, básicamente: “Tu pecado ha desaparecido y no se hablará más de él. Nunca más te acusaré. Jamás será causa de que te ame menos. Jamás te trataré como alguien indigno y que no merece mi confianza”. Cristo dice que se olvidará de nuestros pecados.

Se cuenta una fábula que habla de un cura que gozaba de mucho aprecio entre sus feligreses pero que cargaba con un pecado secreto cometido muchos años atrás. Aunque se había arrepentido, no tenía paz porque no había sentido el perdón de Dios. En su parroquia había una mujer que amaba profundamente a Dios y afirmaba tener visiones en las que conversaba con Cristo. Sin embargo, el cura se mostraba escéptico. Para ponerla a prueba, dijo:

–La próxima vez que hable con Cristo quiero que le pregunte qué pecado cometió el cura de su parroquia cuando todavía estaba en el seminario.

La mujer accedió. Unos días más tarde, el capellán le preguntó:

–Y bien, ¿la visitó Cristo en sueños?

–Sí, me visitó –respondió ella.

–¿Y le preguntó qué pecado cometí en el seminario?

–Sí.

–¿Y qué le dijo?

–Respondió: “No me acuerdo”.

Esta es la extraordinaria manera que tiene Dios de tratar a los que regresan a él. Ha arrojado sus pecados tan lejos que ya ni se acuerda de ellos.

Restaura mi alma

Basado en Lucas 15:11 al 32

“Devuélveme el gozo de tu salvación y espíritu noble me sustente”
(Salmo 51:12).

CUANDO TODAVÍA ESTABA en el país lejano, el hijo pródigo tomó la decisión de decirle a su padre: “Hazme como a uno de tus jornaleros” (Luc. 15:19). Me imagino que, mientras andaba el largo camino de regreso a casa, mentalmente, una y otra vez, ensayó el discursito. Pero su padre lo detuvo antes de que pudiera terminar.

¿Como un jornalero? ¡No, jamás! En ese momento el feliz padre empezó a restaurar a su hijo al estado de miembro de la familia. Ordenó que le dieran vestidos nuevos y que se celebrara un banquete en su honor.

Si alguna vez su hijo o su hija se han escapado de casa estará en condiciones de entender cómo se sentía aquel padre. Su hijo se marchó de casa y usted no supo nada de él durante años. Para remachar el clavo, llevó una vida llena de pecado. Cuando tuvo noticias de él, el corazón casi se le rompió. ¿Recuerda cómo lo acogió? Usted habría deseado que fuera aquel jovencito o jovencita que solía sentarse en su regazo; pero había crecido hasta convertirse en un pecador y un adulto hecho y derecho. No obstante, le dio un abrazo y le repitió tantas veces las palabras de bienvenida que quedaron grabadas para siempre en su memoria. Entenderá, pues, que ese arrollador saludo se pareciera al del padre: “Muchacho, tú eres mi hijo. A pesar de todo lo que hayas hecho, eres mío. Por lejos que te hayan llevado el pecado y la locura, no dudo en reclamarte para mí. Eres hueso de mis huesos y carne de mi carne”.

En esta parábola, Cristo quiere que usted sepa que Dios lo reclamará si acude a él confesando sus pecados por medio de Jesucristo. Estará encantado de recibirlo. Ha ordenado que lo asean, que le den ropas limpias y que se celebre un banquete en su honor.

El padre recibió a su hijo con tanto amor porque sabía que sus oraciones habían sido respondidas. De hecho, el padre escuchó la oración de su hijo antes incluso de que él la llegara a pronunciar. El joven recibió la misericordia antes de que la oración hubiera terminado. Dios, nuestro Padre, escucha el clamor de nuestro corazón antes de que lleguemos a terminar nuestra oración.

Renueva un espíritu recto

Basado en Lucas 15:11 al 32

“¿Crea en mí, Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí!” (Salmo 51:10).

UN CONVERSO le confesó a su pastor:

–Por más que oro, por más que me esfuerzo, sencillamente, no puedo ser fiel al Señor. Creo que no me salvaré.

A lo que el pastor respondió:

–¿Ve mi perro? Está educado, nunca rompe nada y es obediente; es una pura delicia. En la cocina tengo a mi hijo, un bebé. Lo rompe todo, arroja la comida al suelo, ensucia el pañal y es un completo desastre. Pero, ¿quién va a heredar mis cosas? Mi heredero no es el perro, sino mi hijo. Usted es heredero de Jesucristo porque él murió por usted.

Cuando el hijo pródigo regresó a casa de su padre, este le restauró sus privilegios de heredero. Lo vistió con las ropas de un hijo, le puso el anillo familiar en el dedo y en los pies le puso los zapatos de andar por casa. Nunca más volvió a comer comida de cerdos, sino los mejores manjares de la casa. Así será para todos los que vuelvan a Dios. Cuando nos mira, Dios no ve la mancha ni huele el estiércol. Nos reconoce como sus hijos y nos devuelve todos los privilegios de la familia.

Hace ya algunos años, un hombre cruzó corriendo el Rijks Museum de Amsterdam hasta que llegó al famoso cuadro “Ronda nocturna” de Rembrandt. Luego sacó un cuchillo y lo cortó varias veces antes de que lo detuvieran. Poco tiempo después, en Roma, un hombre angustiado y desequilibrado, pertrechado con un martillo, se deslizó en la Catedral de San Pedro y empezó a destrozarse el hermoso grupo escultórico de la Piedad de Miguel Ángel. Dos obras de arte muy apreciadas fueron gravemente dañadas. Pero, ¿qué hicieron los responsables? ¿Desecharon las obras dañadas y se olvidaron completamente de ellas? En absoluto. Recurrieron a los mejores expertos, los cuales trabajaron con el máximo cuidado y precisión, e hicieron todo cuanto fue posible para restaurar esos tesoros.

Esto es lo que nuestro Padre celestial tiene para todo aquel que, manchado por el pecado, acuda a él: “Cristo restaurará la imagen moral de Dios en el hombre. Pero esto solo es posible con el consentimiento del hombre y su cooperación con Cristo. La transformación que se hace evidente en la vida de los miembros de la iglesia testimonia que Cristo es el Hijo de Dios” (Elena de White, *Manuscript Releases*, tomo 20, carta 108, p. 362).

La niña de sus ojos

Basado en Lucas 15:11 al 32

“Así ha dicho Jehová de los ejércitos: ‘Tras la gloria me enviará él a las naciones que os despojaron, porque el que os toca, toca a la niña de mi ojo’” (Zacarías 2:8).

CUANDO NACIÓ NUESTRA hija mayor, mi esposa y yo quedamos fascinados. Ya habíamos visto otros bebés, pero ese era diferente, era nuestro. ¡Qué criatura tan cautivadora! Podíamos pasarnos horas mirándola. Todo lo que hacía, todas sus muecas, eran aún más graciosas que las anteriores. Estábamos seguros de que ningún otro niño era tan inteligente para su edad. Ningún bebé fue más amado que ella.

¿Ha pensado alguna vez en el Padre celestial expresando alegría y placer? Téngalo por seguro, él también lo expresa. En el Nuevo Testamento leemos que en cinco ocasiones Dios el Padre habló desde el cielo declarando que estaba complacido en su “Hijo amado” (Mat. 3:17; 17:5; Mar. 1:11; Luc. 3:22; 2 Ped. 1:17).

Con todo eso, el Padre permitió que fuese herido. Si esto no hubiera sucedido, ninguno de nosotros se podría salvar. Pero Jesús aseguró a su “manada pequeña: [...] a vuestro Padre le ha placido daros el reino” (Luc. 12:32). Así, no solo fuimos creados “por tu voluntad” (Apoc. 4:11), sino que también “nos predestinó para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad” (Efe. 1:5). Sabemos que “se complace Jehová en los que lo temen y en los que esperan en su misericordia” (Sal. 147:11).

Es extraordinario que usted y yo, aun siendo pecadores, podamos hacer feliz a Dios. Él es el Dios feliz, fuente y manantial de toda felicidad. ¿Cómo podríamos aumentar su placer? Sin embargo, hablando en términos humanos, la mayor de las alegrías de Dios es ver que un pecador regresa a él. Esto es lo que el profeta quiso decir cuando escribió: “Jehová está en medio de ti; ¡él es poderoso y te salvará! Se gozará por ti con alegría, callará de amor, se regocijará por ti con cánticos” (Sof. 3:17). Piense en el Dios eterno cantando y recuerde que lo hace porque usted ha vuelto a él.

Ayer, hoy, mañana

Basado en Lucas 15:11 al 32

“Haré con ellos un pacto eterno: que no desistiré de hacerles bien, y pondré mi temor en el corazón de ellos, para que no se aparten de mí” (Jeremías 32:40).

SIN DUDA ALGUNA, pensando en los años perdidos, el hijo pródigo se lamentó: “¡Ay, padre! ¡Qué pasado tan desdichado!”. Pero, tan pronto lo hubo dicho, su padre le respondió: “No te preocupes por el pasado; yo ya lo he olvidado”. El pasado está oculto bajo la sangre de la expiación. El Señor dijo por su siervo Jeremías: “La maldad de Israel será buscada, y no aparecerá; y los pecados de Judá, y no se hallarán; porque perdonaré a los que yo haya dejado” (Jer. 50:20).

Quizá entonces el joven, mirando sus ropas sucias, dijera: “Y ahora, padre; mira mi triste condición”. A lo cual el padre habría respondido: “No te preocupes por el presente, hijo. Yo me encargo de eso. Te limpiaré y te daré los mejores vestidos y zapatos nuevos”. Estas, también, son las palabras de Dios a aquellos que son “aceptos en el Amado” (Efe. 1:6). A pesar de todas nuestras inmundicias, en Cristo somos puros y sin mancha. Por lo tanto, aunque usted pueda sentirse indigno, “por causa de mi Hijo amado, eres bienvenido a mi casa”.

Pero el joven podría replicar: “¿Qué sucederá ahora? ¿Qué será de mí? ¿Qué pensarás si alguna vez vuelvo a extraviarme?”. Entonces el padre diría: “Haré provisiones para el futuro, hijo mío; haré que nuestra casa sea un lugar tan feliz que nunca más querrás irte”.

Cuando volvemos a Dios, además de colmarnos con muestras de su amor, nos dice: “Os daré un corazón nuevo y pondré un espíritu nuevo dentro de vosotros. Quitaré de vosotros el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Pondré dentro de vosotros mi espíritu, y haré que andéis en mis estatutos y que guardéis mis preceptos y los pongáis por obra” (Eze. 36:26, 27).

Dios se ocupa del pasado, del presente y del futuro.

Celebre su filiación

Basado en Lucas 15:11 al 32

“Dando siempre gracias por todo al Dios y Padre, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo” (Efesios 5:20).

DE REGRESO A CASA, el hijo pródigo debió pensar: “Es demasiado bueno para ser cierto. No es posible que me esté sucediendo. ¿Dónde está la trampa? ¿Acaso estoy soñando?”. Por esa razón, después de recibir a su hijo en privado, el padre llamó a los sirvientes y decretó una celebración pública para que a nadie le cupieran dudas de que su hijo había sido restaurado.

A veces el diablo nos susurra: “Tú no eres hijo de Dios”. Entonces es preciso recordar el momento en que usted le entregó su corazón al Señor, dónde se encontraba, el amor y la aceptación que sintió en aquella ocasión, el gozo y cómo fue cambiado. El diablo no puede responder a este argumento, porque no puede hacerle creer que tales cosas no sucedieron.

Fuera lo que fuera que preocupaba al hijo, el padre lo había enmendado. Del mismo modo, nuestro Dios tiene una prueba de amor para nosotros en cada ocasión en que dudemos y desmayemos. Tal vez usted piense: “Aunque confiese mis pecados y pida a Dios su misericordia, he arruinado mi vida y he despilfarrado todo mi dinero”. El Señor le dice: “Tienes el pan y el agua asegurados”. “Si hasta he hecho que la enfermedad caiga sobre mí a causa de mis pecados”, dice otro. “Yo soy Jehová-Rofe’ja, el Señor que te sana, que perdona todas tus iniquidades, el que sana todas tus enfermedades”. “Pero estoy tan desanimado...”, dice otro. El Señor responde: “Te levantaré y haré provisión para todas tus necesidades. Nada bueno escatimaré a aquellos que andan en justicia”. Todas las promesas del Libro pertenecen a todo pecador arrepentido que vuelve a Dios creyendo en Jesucristo, su Hijo.

“Jesús nos confirma que todo el ejército de los cielos se alistó para combatir por nosotros nuestras batallas, para conseguir para nosotros una gloriosa victoria y que él es el Capitán de nuestra salvación” (Elena G. de White, *Review and Herald*, 11 de octubre de 1892).

Comunión con Dios

Basado en Lucas 15:11 al 32

“Entonces el Rey dirá a los de su derecha: ‘Venid, benditos de mi Padre, heredad el Reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo’” (Mateo 25:34).

EL REENCUENTRO entre el hijo pródigo y su padre tuvo lugar antes de la celebración familiar. Antes de que los siervos hubieran preparado la comida, antes de que se escuchara la música o hubiera celebración alguna en la familia, padre e hijo se saludaron y se reconciliaron. Poco le habría importado la música y los saludos de los sirvientes si, antes, no hubiese recibido el perdón de su padre.

Lo mismo ocurre con nosotros. Antes de pensar en el compañerismo con nuestros hermanos, es preciso que recuperemos la comunión con Dios. Antes de unirme a una iglesia tengo que unirme a mi Padre. Antes de que el pastor me tienda la mano de la comunión, quiero que la mano de mi Padre celestial me dé la bienvenida. Antes de que el pueblo de Dios me reconozca aquí quiero el reconocimiento privado del Padre que está en los cielos. Él da este reconocimiento a todos los que acuden a él como el hijo pródigo cuando acudió a su padre.

El perdón del padre vino antes que la fiesta. Sabemos que el hijo pródigo sería el invitado de honor, se sentaría a la mesa de su padre y comería el banquete que había sido preparado. Antes de todo eso, su padre lo perdonó. Sentarse en el lugar de honor sin antes haber sido perdonado lo habría incomodado.

Para los que hemos sido invitados a celebrar la salvación de Jesús, la Cena del Señor es dulce. Comer la carne de Cristo y beber su sangre de manera simbólica en la Cena del Señor es una bendición. Con todo, quiero tener comunión con el Señor antes de acceder a ella. Quiero saber que, entre mi Padre y yo, todo está en orden.

Jermaine Washington y Michelle Stevens se reúnen tres veces al mes para celebrar lo que ellas llaman un “almuerzo de acción de gracias”. ¡Y con razón! Washington donó un riñón a Stevens, a quien describió como “nada más que una amiga”. Se conocieron en el trabajo donde solían almorzar juntas. Un día, Michelle, llorando, comentó que estaba en una lista de espera para un trasplante de riñón y que tendría que esperar, al menos, once meses. Como Washington no soportaba la idea de ver morir a su amiga, le donó uno de sus riñones.

Jesús quiere darle, no un riñón, sino un corazón nuevo, un corazón que sea como el suyo.

Paciencia con los hermanos mayores

Basado en Lucas 15:11 al 32

“Les daré un corazón para que me conozcan que yo soy Jehová; y ellos serán mi pueblo y yo seré su Dios, porque se volverán a mí de todo corazón” (Jeremías 24:7).

SI EL HIJO PRÓDIGO hubiera escuchado la conversación entre su padre y su hermano mayor, es probable que hubiera huido de nuevo. Sin embargo, esa conversación tuvo lugar después de que su padre lo perdonara.

Cuando usted y yo acudimos al Salvador quizá nos sintamos como si los demás nos mirasen con frialdad. Es probable que oigamos críticas y reproches. Pero cuando obtengamos el perdón de nuestro Padre, no nos importará que nuestros “hermanos mayores” puedan decirnos palabras duras.

De vez en cuando sucede que una persona que deseaba unirse a la iglesia diga: “Yo ya vine a la iglesia, pero uno de los miembros fue desagradable conmigo. Por tanto, no pienso volver nunca más”. Es muy lamentable que alguien se sienta así. ¿Acaso un solo miembro representa con propiedad a todo el cuerpo de Cristo? Si se siente menospreciado, acuda al Padre celestial y él le otorgará perdón y aceptación, de manera que no le importará lo que diga su hermano mayor. El perdón del Padre le hará olvidar el desdén de sus hermanos.

Si piensa que en la familia de la fe todos son siempre amables y están dispuestos a ayudarlo, se equivoca completamente. A veces, los miembros de iglesia se desaniman porque se cruzan con otros que, por la razón que sea, los reciben fríamente. Si tal es su caso, no le importe la actitud de esos hermanos mayores; permanezca aún más cerca del Padre. Cerca de él usted se sentirá perdonado y aceptado. Puesto que él es el Padre, usted es su hijo. Es un miembro de la familia, haya los hermanos mayores que haya. Él lo lavó y lo limpió. Él le dio ropa nueva y lo calzó con zapatos nuevos. Una vez estuvo muerto y ahora vive, estuvo perdido y fue hallado. Únase a la celebración. Coma de lo mejor que le pueda ofrecer su Padre. ¡Alégrese!

Luego, salga y ayude a encontrar a otros pródigos. Hábleles del amor del Padre y del perdón. Asimismo, no olvide que el Padre también ama a los hermanos mayores. Con nuestro ejemplo podemos restaurar los lazos familiares rotos. Nuestro Padre celestial quiere que todos sus hijos se reconcilien unos con otros. Somos sus hijos.

“Siervos de la justicia”

Basado en Lucas 16:13

“Libertados del pecado, vinisteis a ser siervos de la justicia”
(Romanos 6:18).

NADA DE LO QUE hay en la creación existe de manera estrictamente autónoma. Todo lo que Dios creó está sujeto a un poder mayor. Por ejemplo, en nuestro planeta, todo está sujeto a la fuerza de gravedad y a la influencia del sol. Cuando Dios creó los animales, los puso bajo el dominio o el poder del hombre. Asimismo, cuando Dios creó al hombre, lo puso directamente bajo su propio dominio. Por aquí entró el pecado en el mundo. Ya sabe, la serpiente le dijo a Eva que si comía del fruto no tendría que hacer lo que Dios quería que hiciese, sino que podría decidir por sí misma qué estaba bien y qué estaba mal.

Como todo el mundo quiere decidir por sí mismo, Adán se unió a la rebelión de Eva. Llegados a este punto, ambos pensaban que se habían liberado del dominio de Dios; pero, al desobedecer, en lugar de quedar libres, de inmediato se convirtieron en esclavos del diablo.

Recuerde esto, porque es importante: Cuando alguien que es esclavo de Satanás comete un pecado, lo disfruta. Sin embargo, si el pecado lo comete un siervo de la justicia, lo detesta y se arrepiente. Como siervos de Dios, nos encanta hacer su voluntad. A medida que nuestra vida se va llenando del Espíritu Santo, empezamos a tener hambre y sed de justicia, empezamos a detestar todo lo que no está en armonía con la vida cristiana práctica.

A medida que nuestro compromiso con Cristo se va profundizando y su extraordinaria obra de transformación avanza, no debería sorprendernos que todavía sintamos la tentación de hacer el mal. (Además de ser tentado en el desierto, Jesús fue tentado a lo largo de toda su vida y su ministerio.) Sin embargo, a medida que crecemos en la gracia, el pecado va perdiendo su anterior atractivo. En lugar de decirnos a nosotros mismos: “Ojalá pudiera hacer esto o aquello”, descubrimos que el pecado nos produce repulsión.

A veces siento la tentación de hacer el mal. Pero qué alegría me da que, muy dentro de mí, soy capaz de decir: “¡No!”. Para un siervo de la justicia, la tentación se vuelve cada vez más y más repulsiva. Comenzamos a reconocerla como un insulto a todo lo que Jesús hace en nuestra vida. Recuerde: “Ningún siervo puede servir a dos señores, porque odiará al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas” (Luc. 16:13).

Hombre rico, hombre pobre

Basado en Lucas 16:19 al 31

“Con arrogancia, el malo persigue al pobre; será atrapado en las trampas que ha preparado” (Salmo 10:2).

¿RECUERDA A QUÉ JUEGOS jugaba de niño? El jugador que obtenía más puntos ganaba. Desde la niñez no se nos enseña a conseguir lo que podamos según nuestras fuerzas, sino a tomar de los demás lo que se pueda. Aprendemos a acumular, pero no a compartir. Por cierto, muchos nunca superan esa manera de pensar.

Parece como si hubiéramos olvidado lo que está escrito en Deuteronomio 8:18: “Acuérdate de Jehová, tu Dios, porque él es quien te da el poder para adquirir las riquezas, a fin de confirmar el pacto que juró a tus padres, como lo hace hoy”. Dios ha confiado a todas y cada una de las personas ciertos talentos y recursos. Incluso los pobres tienen algo para compartir: si no bienes materiales, una tierna disposición, la paciencia, la fe y la honradez. Por eso Dios exige que compartamos con los demás según lo que se nos ha dado.

En la naturaleza nada vive para sí. El árbol da sombra, el río proporciona agua, el sol da calor, la semilla da una cosecha. Únicamente el corazón del hombre es egoísta. Si miramos a nuestro alrededor, veremos muchas necesidades que podríamos ayudar a suplir. Dios espera que compartamos lo que nos dio.

¿Qué le dio el Señor susceptible de ser mejorado y compartido con los demás? Quizá no sea mucho, la cantidad no es importante. El hombre rico tenía la “obligación de usar esos dones para la elevación de la humanidad, era proporcional a esa abundancia” (*Palabras de vida del gran Maestro*, p. 205). Al dar, no lo hacemos en nuestro propio nombre, sino en el de Jesús, quien dio su vida por nosotros.

Se cuenta la historia de un mendigo que, un día, estando Alejandro Magno de camino, le pidió una limosna. El hombre era pobre y miserable, por lo que no tenía derecho a pedir nada. Sin embargo, el emperador le arrojó varias monedas de oro. Un cortesano quedó atónito ante tanta generosidad y comentó:

–Señor, unas monedas de cobre habrían sido adecuadas para suplir las necesidades del mendigo. ¿Por qué le diste oro?

A lo que Alejandro respondió de manera mayestática:

–Las monedas de cobre habrían sido adecuadas para las necesidades del mendigo, pero las de oro son adecuadas a la generosidad de Alejandro.

Como hijos del Rey celestial, tenemos el privilegio de dar con la generosidad de un rey. “Dad y se os dará; medida buena, apretada, remecida y rebosando darán en vuestro regazo, porque con la misma medida con que medís, os volverán a medir” (Luc. 6:38).

La gran sima

Basado en Lucas 16:19 al 31

“Porque los que viven saben que han de morir, pero los muertos nada saben, ni tienen más recompensa. Su memoria cae en el olvido”
(Eclesiastés 9:5).

HAY QUIENES TIENEN la creencia errónea de que los ricos lo son porque gozan del favor de Dios y los pobres no son dignos de recibir tales bendiciones. Sin embargo, ¿son las cosas materiales una bendición que procede de Dios? ¿No podría ser también que Satanás las hubiera puesto ahí para alimentar nuestra naturaleza egoísta?

Entre los contemporáneos de Jesús se había extendido un mito que enseñaba que entre la muerte y la resurrección es posible un estado de existencia consciente. Muchos de los que escuchaban a Cristo creían esa falsa doctrina. Jesús conocía esas ideas, pero en lugar de atacar el error, se valió de algunos detalles de la fábula para presentar una gran verdad.

En la parábola de Jesús, los destinos de un hombre rico y de otro pobre se invertían. El pobre iba al cielo y el rico, al peor de los lugares. Mientras vivía, el hombre rico pensaba que era mejor y más digno que el pobre que pedía a su puerta. Pero el cielo, para determinar el carácter, no se fija en las cuentas bancarias ni en las ropas lujosas.

Los ricos no están condenados por el solo hecho de poseer riquezas, sino que se los considera responsables por cómo administran los bienes que se les confían. Los que atesoran posesiones para sí mismos no pueden llevárselas al cielo. Pero al usarlas para ayudar a los demás y hacer el bien se hacen un tesoro en el cielo.

Desterrar el orgullo y el egoísmo es difícil. Aun encontrándose en medio de las llamas, el rico era tan soberbio que, incapaz de hablar al pobre, llamaba al “Padre Abraham”. Sin embargo, este le dijo: “Una gran sima está puesta entre nosotros y vosotros, de manera que los que quieren pasar de aquí a vosotros no pueden, ni de allá pasar acá” (Luc. 16:26).

El gran abismo que no se podía cruzar era consecuencia de la desobediencia y el egoísmo. El pecado y la autocomplacencia nos separan unos de otros y, finalmente, de Dios. Jesús dio su vida por nosotros cuando todavía éramos pecadores. Él es nuestro ejemplo de obediencia y abnegación. Dando, conservamos. Acumulando, perdemos.

Hay esperanza para nosotros

Basado en Lucas 17:11 al 19

“¿Por qué te abates, alma mía, y por qué te turbas dentro de mí?
Espera en Dios, porque aún he de alabarlo, ¡salvación mía
y Dios mío!” (Salmo 42:11).

CIERTO DÍA, Jesús y sus discípulos andaban por Samaria y Galilea. Al llegar a una aldea, diez leprosos vinieron a su encuentro, pero se mantuvieron a distancia.

En aquella época, la lepra era la enfermedad más temida. En la actualidad, el equivalente emocional más cercano sería el sida. La lepra era, y es, una enfermedad dolorosa, pero el dolor físico no era su única consecuencia. Quien recibía un diagnóstico positivo se enfrentaba al aislamiento. Los enfermos eran expulsados de la familia. Sus amigos no querían nada con ellos. Incluso eran apartados de Dios, en el sentido de que tenían prohibido entrar a adorar en el templo. Los leprosos eran enviados a colonias aisladas y, cosa humillante, obligados a gritar: “¡Inmundo, inmundo!” (ver Lev. 13:45, 46).

Padecer lepra equivalía a humillación. ¿Se imagina que los niños lo señalaran con el dedo o huyeran de usted despavoridos? ¿Se figura qué sensación producía que, al verlo, todos volvieran la cabeza con gesto de repugnancia? ¿Cómo sería depender de la misericordia de las personas para conseguir suficiente comida? La lepra era una enfermedad humillante porque se pensaba era consecuencia de los pecados cometidos por quienes la padecían. En la mente de la gente se había arraigado la idea de que los leprosos eran impuros y, por tanto, incapaces de mantener una relación adecuada con Dios.

Al mismo tiempo, la lepra significaba la pérdida del medio de ganarse la vida. El leproso era abandonado a su suerte. Lo que nos lleva al efecto final de un diagnóstico de lepra: una muerte lenta y horrible.

La lepra es una ilustración excelente de los efectos del pecado. Cuando Adán y Eva pecaron fueron expulsados del Edén. La relación directa y cara a cara que tenían con Dios se interrumpió. El resultado del pecado es la muerte.

Pero al igual que los diez leprosos vinieron a Jesús para que los sanara, nosotros tenemos que acudir a él para recibir la curación de nuestros pecados. Del mismo modo que Jesús sanó a los diez leprosos, también nos sanará a nosotros, si reconocemos nuestros pecados. Si se siente aislado, humillado y desesperado, no olvide que Jesús conoce sus necesidades y lo limpiará de toda maldad (ver 1 Juan 1:9).

Todo es posible

Basado en Lucas 17:11 al 19

“El ojo de Jehová está sobre los que lo temen, sobre los que esperan en su misericordia” (Salmo 33:18).

¿QUÉ ES PRIMERO, la fe o la obediencia?

Los diez leprosos que salieron al encuentro de Jesús y sus discípulos ese día se mantuvieron a distancia. De acuerdo con la ley, era su obligación. Sin embargo, en absoluto guardaron silencio. Para aquellos hombres solo había una esperanza: Jesús y su misericordia. Sin duda alguna habían escuchado historias de otras personas que habían sido sanadas de todo tipo de enfermedades, y allí estaba el Sanador milagroso, a un tiro de piedra. “Y alzaron la voz, diciendo: ‘¡Jesús, Maestro, ten misericordia de nosotros!’” (Luc. 17:13). No le pidieron lo que merecían, sino clemencia. La misericordia no es solo el levantamiento de la pena, sino que, además, es el acto de ayudar o tener compasión de alguien que está afligido.

Jesús tuvo compasión y los sanó, pero no de la forma que ellos esperaban. No puso las manos sobre ellos al tiempo que les decía: “Estás sanado”. En su lugar, les dijo que fueran y se presentaran al sacerdote. La ley del Antiguo Testamento exigía que la persona que pensaba haberse curado de la lepra tenía que presentarse ante un sacerdote para que la examinara y proclamara que, en efecto, estaba sana.

Aunque no pronunció ninguna fórmula de sanación, parece ser que los leprosos entendieron que en las palabras de Jesús –“Id, mostraos a los sacerdotes” (Luc. 17:14)– estaba implícito que serían sanados. Imagine la escena: diez hombres vestidos con harapos y cubiertos de llagas; Jesús ordenándoles que fueran a mostrarse a los sacerdotes y ellos obedeciendo la orden, todavía vestidos con harapos y cubiertos de llagas.

No sabemos cuánto trecho anduvieron, pero de pronto descubrieron que su piel era como la de un niño. “Y aconteció que, mientras iban, quedaron limpios” (Luc. 17:14). Al ir, obedientes, al sacerdote, los leprosos demostraron que tenían fe en las palabras de Jesús. Otros podrían haber dicho: “Maestro, sánanos primero y luego iremos al sacerdote para que confirme que estamos curados”.

A veces los creyentes esperan que Dios les dé fe para obedecer cuando, de hecho la fe se expresa con obediencia. “Y habiendo sido perfeccionado, vino a ser autor de eterna salvación para todos los que lo obedecen” (Heb. 5:9). Obedezca primero y luego vea cómo crece su fe.

“Dad a conocer sus obras”

Basado en Lucas 17:11 al 19

“¡Alabad a Jehová, invocad su nombre, ¡dad a conocer sus obras entre los pueblos!” (Salmo 105:1).

CUESTA IMAGINAR que aquellos diez hombres que habían estado enfermos juntos y habían sido sanados juntos no hubieran mostrado su agradecimiento juntos. Al darles la bienvenida a casa, sus familiares les debieron preguntar cómo fueron sanados, a lo que los hombres debieron responder que Jesús era el autor de su sanación. ¿Se acordarían entonces de que ni siquiera le habían dado las gracias?

Jesús mismo debió entristecerse por su negligencia, porque preguntó: “¿No son diez los que han quedado limpios? Y los nueve, ¿dónde están? ¿No hubo quien volviera y diera gloria a Dios sino este extranjero?” (Luc. 17:17, 18). Puedo percibir un tono de decepción en su voz. No cabe duda de que nuestro desagrado de agradecimiento apenas al Señor. Ante lo que Jesús ha hecho por nosotros, nada que no sea el agradecimiento y la alabanza de todo corazón es adecuado.

En cierta ocasión, una mujer que deseaba estar bien con Dios le dijo a Charles Spurgeon, el famoso predicador del siglo XIX: “Si Jesús me salva, jamás oír el final”. Lo que quería decir era que ella nunca dejaría de dar las gracias a Jesús por lo que había hecho. Todos tendríamos que sentirnos así.

En cierta ocasión, dos viejos amigos se cruzaron por la calle. Uno de ellos parecía apenado, casi al borde del llanto. Su amigo le preguntó:

–¿Qué te ha hecho el mundo?

El que estaba triste le respondió:

–Deja que te cuente. Hace tres semanas, mi tía abuela, a quien apenas conocía, falleció. Me dejó casi cien millones de dólares en herencia.

Su amigo le respondió:

–Eso es mucho dinero.

El amigo triste continuó

–Luego, hace dos semanas, falleció un primo al que ni siquiera conocía y me dejó ochenta y cinco mil dólares libres de impuestos.

–Es una bendición.

–No me entiendes –lo interrumpió–. La semana pasada murió un tío y me dejó cuarenta mil dólares.

Llegados a este punto, el otro amigo estaba completamente confundido.

–Entonces, ¿por qué estás tan triste?

El amigo triste respondió:

–¡Esta semana no ha caído nada de nada, ni un centavo!

“Bueno es alabarte, Jehová, y cantar salmos a tu nombre, oh Altísimo” (Sal. 92:1).

“¿No son diez los que han quedado limpios?”

Basado en Lucas 17:11 al 19

“Alabad a Jehová, porque él es bueno, porque para siempre es su misericordia” (Salmo 136:1).

JESÚS ORDENÓ a los diez leprosos curados que se presentasen ante los sacerdotes. Cuando se dieron cuenta de que habían sido sanados, nueve de ellos siguieron su camino. Solo un hombre, un samaritano, regresó sobre sus pasos para dar gracias a Jesús por lo que había hecho. ¿Alguna vez intentó adivinar las razones por las que los otros nueve no regresaron para mostrar su agradecimiento a Jesús? Imaginemos nueve razones:

- Uno esperó para ver si la cura era real.
- Uno esperó para ver si duraba.
- Uno dijo que iría a ver a Jesús más adelante.
- Uno se convenció de que lo que había padecido no era la lepra.
- Uno dijo que, de todos modos, se habría sanado.
- Uno atribuyó la gloria a los sacerdotes.
- Uno dijo: “Bueno... Al fin y al cabo, Jesús no hizo nada”.
- Uno adujo: “Cualquier rabino podría haberlo hecho...”
- Uno declaró: “Yo ya estaba mucho mejor”.

¿Cuántas veces hemos dado por sentadas las bendiciones que recibimos? ¿Ha notado que cuando nosotros, o un ser querido, enfermamos, oramos e incluso pedimos a otros que oren por nosotros? Entonces nos curamos. Al cabo de un tiempo, un amigo se cruza con nosotros y nos comenta:

- Oí que estabas enfermo. Oramos para que el Señor te sanara.
- Gracias –respondemos nosotros–. Pero, ¿sabes?, conocí a un médico muy bueno que me recetó un nuevo medicamento. Es maravilloso lo que son capaces de hacer hoy en día.

En otra ocasión podríamos perder el empleo. Pedimos a Dios que Jesús nos encuentre otro, de manera que podamos seguir manteniendo a la familia. También pedimos a nuestros amigos que oren por nosotros. Al cabo de un tiempo, volvemos a tener un empleo. Más adelante, al encontrarnos con un amigo, este nos pregunta si todavía no hemos encontrado trabajo.

-Sí, ayer. Leí en el periódico que una empresa necesitaba algunos empleados más. Pedí una cita, me entrevistaron y me contrataron. Era justo lo que necesitaba. Supongo que tuve suerte.

¿No nos olvidamos de algo? “Acuérdate de Jehová, tu Dios, porque él es quien te da el poder para adquirir las riquezas, a fin de confirmar el pacto que juró a tus padres, como lo hace hoy” (Deut. 8:18).

Desagradecidos

Basado en Lucas 17:11 al 19

“Y todo lo que hacéis, sea de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él” (Colosenses 3:17).

LA INGRATITUD es uno de los pecados cardinales de nuestro tiempo. “Habrá hombres amadores de sí mismos, avaros, vanidosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, impíos” (2 Tim. 3:2). En el tiempo en que se formaba para el ministerio en Evanston, Illinois, Edward Spencer pertenecía a un equipo de rescate. Un barco encalló en la costa del Lago Michigan, cerca de Evanston, y Edward se metió una y otra vez en las gélidas aguas para rescatar a 17 pasajeros. Como consecuencia, su salud se resintió de forma permanente. Años más tarde, en su funeral, se comentó que ninguno de los que rescató jamás le dio las gracias.

Jesús sabía lo que se siente al ayudar a alguien sin recibir muestras de agradecimiento. Acababa de sanar a diez leprosos de su terrible enfermedad, pero solo uno regresó para darle las gracias. Cuando aquel único leproso regresó para mostrarle su agradecimiento, Jesús le hizo tres preguntas: (1) “¿No eran diez los limpiados?”, (2) “¿Dónde están los otros nueve?” y (3) “¿No hubo quien volviese y diese gloria a Dios sino este extranjero?”. ¿Se imagina el tono de decepción de la voz de Jesús al formular esta última pregunta?

Quizá la gente sea ingrata porque tiene demasiado y está convencida de que lo merece. La pequeña Cristina, de ocho años de edad, padecía un cáncer del sistema nervioso. Cuando le preguntaron qué quería para su cumpleaños, tras una larga y ardua reflexión, respondió:

–No sé... Tengo dos libros de pegatinas y una muñeca de Cabbage Patch. ¡Ya lo tengo todo!

Ante lo que Jesús ha hecho por nosotros, nada que no sea el agradecimiento y la alabanza de todo corazón es adecuado. Tenemos mucho que agradecerle, tanto cuando las cosas van bien como cuando andan mal. Siempre hay algo que agradecer al Señor. El ministro escocés Alexander Whyte era conocido por sus oraciones desde el púlpito. Siempre encontraba algo por lo que estar agradecido. Un domingo por la mañana el clima era tan sombrío que un miembro de la iglesia pensó para sí: “Seguro que el predicador no será capaz de encontrar nada por lo que dar las gracias al Señor en un día tan aciago como este”. Sin embargo, para su sorpresa, Whyte empezó a orar diciendo: “Te damos gracias, Señor, porque los días no siempre son así”.

Piense en cinco cosas por las que ahora mismo tendría que estar agradecido. Luego, no lo dude y dé las gracias al Señor.

Habla por ti mismo

Basado en Lucas 17:11 al 19

“No juzguéis y no seréis juzgados; no condenéis y no seréis condenados; perdonad y seréis perdonados”
(Lucas 6:37).

DURANTE VARIOS DÍAS aprenderemos lecciones espirituales de la historia de los diez leprosos. Mientras las preparo, estas lecturas son una bendición para mí. El propósito de este libro de meditaciones matinales es acercarnos a Jesús, por lo que sé que el Espíritu Santo me está ayudando.

Lucas continúa la historia: “Y se postró rostro en tierra a sus pies dándole gracias. Este era samaritano. Jesús le preguntó: `¿No son diez los que han quedado limpios? Y los nueve, ¿dónde están? ¿No hubo quien volviera y diera gloria a Dios sino este extranjero?’” (Luc. 17:16-18).

El hombre agradecido no levantó la vista para decir: “Señor, todos fueron a presentarse a los sacerdotes. No puedo creer que no volvieran a alabarte. Son de lo más ingrato que he visto”. No, el hombre no contestó la pregunta. No quería ser su juez. Estaba más ocupado en dar las gracias a Dios por lo que había hecho por él que en descubrir los errores ajenos. ¿Se ha fijado que, cuando queremos destacar, a veces intentamos hacerlo sacando a relucir las faltas de los demás? Quien está verdaderamente agradecido por las bendiciones que Dios le prodiga no encuentra tiempo para criticar y condenar a los demás.

“El yo siempre albergará una gran estima por sí mismo. Cuando los hombres abandonan su primer amor, dejan de guardar los mandatos de Dios, y comienzan a criticarse unos a otros. Este espíritu seguirá luchando por la supremacía hasta el fin del tiempo. Satanás está tratando de fomentarlo de manera que los hermanos en su ignorancia intenten devorarse mutuamente. Esto no glorifica a Dios; por el contrario, lo deshonra muchísimo y contrista al Espíritu Santo” (*Mente, carácter y personalidad*, tomo 2, p. 663).

Cuando entendamos cómo obra la gracia de Dios en nuestro corazón no tendremos tiempo para criticar a los demás. Todos hemos sido sanados por el Gran Médico. Centremos nuestra atención en lo que Jesús ha hecho, y hace, por nosotros.

¿Agradecer a ratos o siempre?

Basado en Lucas 17:11 al 19

“Pero vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable” (1 Pedro 2:9).

HACE MUCHOS AÑOS mi esposa y yo fuimos llamados para ser misioneros en el sur de Asia. Vivíamos en Pakistán. En aquel tiempo la sede de la Iglesia Adventista del Séptimo Día en aquella región del mundo estaba en la India. Mientras estaba en una de las reuniones de la iglesia, sucedió algo que nunca podré olvidar. Como la asistencia era tan nutrida, se decidió que a los asistentes se les serviría la comida en unas largas mesas puestas en el exterior. Tenía el aspecto de una gran fiesta campestre.

Al lado de la zona de servicio había varios contenedores de basura de gran tamaño en los que, después de la comida, podíamos depositar los restos de nuestros platos y otros desperdicios. Cuando abandonábamos las mesas para regresar a la reunión, vi que la gente de la calle se acercaba a los contenedores de basura e introducían en ellos sus manos desnudas para sacar los restos de comida y comerlos allí mismo o llevarlos a sus casas para dárselos a sus familias.

En esa misma región del mundo he visto personas que vivían junto a los basureros y obtenían su sustento andando sobre los montones de basura en busca de algo que, aunque hubiese sido desechado, fuera susceptible de ser vendido por unas pocas rupias.

¡Me avergüenza pensar en los alimentos y las otras cosas que tiramos! Cocinamos más de lo que podemos comer. Compramos más de lo que podemos usar. Ya no reparamos las cosas estropeadas; sencillamente, vamos y las compramos nuevas. Estoy convencido de que tengo que cuidar más lo que tengo y estar más agradecido por lo que Dios, en su bondad, me ha dado. ¿Y usted?

Muchos países cuentan con un día nacional de acción de gracias. Me temo que la familia media no aprovecha ese día para dar gracias a Dios por sus bendiciones. Por desgracia, esos días de acción de gracias se han convertido en un día nacional de asueto. Por lo general, comemos demasiado y nos sentimos tan culpables que tomamos la decisión de seguir una dieta para perder peso.

¿No cree usted que cada día tendría que ser de acción de gracias, y no de vez en cuando?

Una cuestión de vida o muerte

Basado en Lucas 18:1 al 8

“Levantándose muy de mañana, siendo aún muy oscuro, salió y se fue a un lugar desierto, y allí oraba” (Marcos 1:35).

A TODO EL MUNDO le encantan los bebés; bueno, a casi todo el mundo. Nacen indefensos. Alguien tiene que suplir sus necesidades. Y, sin embargo, eso es parte de su atractivo.

No obstante, aunque los demás tienen que hacer mucho para que vivan sanos, los bebés tienen que hacer ciertas cosas por sí mismos. Una de ellas es respirar. Es posible que, durante un corto espacio de tiempo, una máquina bombee oxígeno en sus pequeños pulmones, pero, tarde o temprano, el bebé tendrá que empezar a respirar por sí mismo.

“La oración es el aliento del alma. Es el secreto del poder espiritual. No puede ser sustituida por ningún otro medio de gracia, y conservar, sin embargo, la salud del alma. La oración pone al corazón en inmediato contacto con la Fuente de la vida, y fortalece los tendones y músculos de la experiencia religiosa. Descuidese el ejercicio de la oración, u órese espasmódicamente, de vez en cuando, según parezca propio, y se perderá la relación con Dios. Las facultades espirituales perderán su vitalidad, la experiencia religiosa carecerá de salud y vigor” (*La oración*, pp. 12, 13).

Nuestra vida espiritual es como un bebé. Aunque el pastor puede estimularnos, los demás miembros de nuestra familia pueden orar por nosotros y los amigos pueden animarnos, si queremos seguir vivos espiritualmente, hay una cosa que tenemos que hacer por nosotros mismos: respirar; en definitiva, orar.

Un cristiano sano es un cristiano que siempre ora. El descuido de la oración lleva inevitablemente a la decadencia espiritual. Quizá al principio sea difícil de observar pero, al final, los síntomas serán inequívocos:

- La oración sincera pronto se convierte en un acto formal lleno de palabras vacías.
- Los valores de la persona se asemejan a los del mundo.
- Cada vez habla menos de Dios y de asuntos espirituales.
- Cada vez pasa menos tiempo a solas con Dios hasta que, al final, ya no pasa ni un minuto con él.
- La resistencia al pecado pierde importancia de manera paulatina y solo se produce cuando sus consecuencias podrían ser muy graves.

La oración es asunto de vida o muerte. No contenga la respiración.

La religión de la carga

Basado en Lucas 18:1 al 8

“Y a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros” (Efesios 3:20).

DURANTE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL, en el frente del Pacífico, los aliados utilizaban las pequeñas islas de las que casi nada se sabía como bases de aprovisionamiento para sus ejércitos en su travesía del océano. Los isleños, que nunca antes habían conocido la civilización, de repente, vieron que el cielo se llenaba de máquinas voladoras cargadas con personas de razas que les resultaban totalmente desconocidas. Aquellos “dioses” del cielo trajeron consigo jeeps, frigoríficos, encendedores Zippo, ventiladores y armas. Construyeron edificios, torres de control y aeródromos.

Luego, tan repentinamente como habían venido, se fueron. Los isleños estaban desconcertados. Supusieron que toda esa gente procedía del cielo. Como resultado, la población local desarrolló una nueva religión llamada la religión de “la carga”. Por supuesto, la carga eran los objetos que trajeron los que venían del cielo. El culto a la carga enseñaba que, algún día, en el futuro, los dioses de la carga regresarían y que era necesario estar preparados construyendo modelos de aviones y torres de control con cañas de bambú para su segunda venida.

Poco después los misioneros llegaron a las islas. Al principio, los adoradores del culto a la carga los recibieron con alegría porque pensaban que era la segunda venida de los dioses de la carga. Como es obvio, los misioneros habían ido a predicar el evangelio, pero cuando la población local vio que el mensaje no iba acompañado de una carga, pronto perdió el interés por lo que intentaban hacer los misioneros.

En el siglo XXI tenemos que estar en guardia para no desarrollar un culto a la carga. Jesús dijo que lo importante en la vida de una persona no son las posesiones materiales. “Y les dijo: `Mirad, guardaos de toda avaricia, porque la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee” (Luc. 12:15).

¿Acaso usted ora por lo que puede *obtener* en lugar de hacerlo por lo que puede *llegar a ser*? Lo reto a que en su próxima oración no haga ninguna referencia a sus necesidades y deseos físicos (no es para siempre, se trata solo de un experimento). Reclame la promesa de que, si usted busca primero el reino de Dios y su justicia, él le dará todo lo que usted necesite. Si durante un tiempo usted ora así, descubrirá que las cosas de la carne ya no le interesan tanto.

Vale la pena ser perseverante

Basado en Lucas 18:1 al 8

“También les refirió Jesús una parábola sobre la necesidad de orar siempre y no desmayar” (Lucas 18:1).

JESÚS CONTÓ la historia de una viuda que estaba sola en el mundo y de alguien que se aprovechaba de ella porque pensaba que era una presa fácil. Sin embargo, esa mujer sabía que, para encontrar ayuda, bastaba con que el juez le hiciera caso.

Y así comenzó a comparecer ante él, una y otra vez, pidiendo que castigara a su enemigo. El caso caía dentro de la jurisdicción del juez, pero este consideraba que era muy poco importante como para merecer su atención.

Pero la viuda volvía una y otra vez. Cada día el juez la veía sentada a su puerta. Cuando lo veía, ella corría hacia él y se arrojaba a sus pies, suplicando: “Véngame de mi adversario”.

El juez, que no era hombre especialmente religioso o de moral particularmente estricta, apartaba a la viuda y se dedicaba a otros casos. Pero la viuda no se dejaba intimidar. Tan pronto como resolvía un caso y el acusado salía por la puerta, la mujer regresaba y permanecía de pie ante el juez, con mirada suplicante y los brazos extendidos.

Después de un tiempo, el acosado juez pensó para sí: “No sé quién está molestando a esta mujer o cuál es el problema legal. Además, tampoco tengo miedo de lo que me pueda hacer Dios, y aún menos los hombres. ¡Esta mujer me está volviendo loco! No creo que pueda soportarla ni un día más. Dictaré sentencia a su favor y así me la quitaré de encima de una vez por todas. ¡No quiero verla nunca más!”.

Jesús concluyó diciendo: “¿Oyeron lo que dijo ese juez sin escrúpulos? ¿Creen ustedes que Dios es como ese juez? ¿Creen que Dios no hará nada por su pueblo hasta que le rueguen y le supliquen con tanta insistencia que no tenga más remedio que hacer algo para que dejen de molestarlo? No, Dios no es como el juez. Quizá parezca que Dios a veces tarde en responder, pero está dispuesto a escuchar a su pueblo y responderá tan rápidamente como sea posible y se hará justicia. Pero la verdadera cuestión es: Cuando Dios venga a establecer su reino en la tierra, ¿cuántos habrá que todavía tengan fe en él?”.

Sean cuales sean sus problemas, Dios lo ayudará a superarlos.

Poder en el nombre de Jesús

Basado en Lucas 18:1 al 8

“Hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre; pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea completo” (Juan 16:24).

“ORAR ES EL ACTO de abrir nuestro corazón a Dios como a un amigo. No es que se necesite esto para que Dios sepa lo que somos, sino a fin de capacitarnos para recibirlo. La oración no baja a Dios hasta nosotros, antes bien nos eleva a él” (*La oración*, p. 8).

Suponga que usted necesita conseguir algo o ver a alguien que es muy importante para usted pero sus gestiones no consiguen llegar a buen puerto. Parece que todas las puertas están cerradas para usted. Entonces se encuentra con un buen amigo suyo. Siente la necesidad de hablarle de su necesidad y, nervioso, le abre el corazón entre lágrimas y sollozos.

Su amigo escucha su historia, le pone la mano en el hombro y le dice: “¿Eso es todo? Tengo buenas noticias: te puedo ayudar. Resulta que la persona a quien necesitas ver es muy amiga mía. De hecho, somos casi como de la familia. Seguro que te ayudará a resolver tu problema. Dile que vas de mi parte”.

De repente, usted se ve liberado de la carga y todo está en orden. Obtendrá la respuesta que necesita porque va a ver a esa persona importante en nombre de su amigo. Eso mismo sucede cuando oramos a Dios. Jesús nos invita a acercarnos confiadamente al Padre en su nombre con la certeza de que nos oirá porque él es como ese buen amigo del ejemplo.

“Cuando Jesús estuvo sobre la tierra, enseñó a sus discípulos a orar. Les enseñó a presentar a Dios sus necesidades diarias y a confiarle toda su solicitud. Y la seguridad que les dio de que sus oraciones serían oídas nos es dada también a nosotros” (*El camino a Cristo*, p. 93).

“Son pocos los que aprecian o aprovechan debidamente el precioso privilegio de la oración. Debemos ir a Jesús y explicarle todas nuestras necesidades. Podemos presentarles nuestras pequeñas cuitas y perplejidades, como también nuestras dificultades mayores. Debemos elevar al Señor en oración cualquier cosa que se suscite para perturbarnos o angustiarnos” (*La oración*, p. 27). ¡Cuánto poder hay en el nombre de Jesús!

Regatear con Dios

Basado en Lucas 18:1 al 8

“Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas cosas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará buenas cosas a los que le pidan?” (Mateo 7:11).

UNA DE LAS PRIMERAS COSAS que hay que aprender cuando se entra en contacto con ciertas culturas es el arte del regateo. Mientras que en los países occidentales para la mayoría de las cosas se ha establecido un “precio fijo”, en otras regiones del mundo, el precio que se paga depende de las propias habilidades en el regateo.

Definitivamente, el regateo es todo un arte. Es frecuente que un comerciante doble el precio de un bien en particular y no se esdescortés si se contraoferta con la mitad del precio de salida. Si bien el comprador puede quedar exhausto tanto desde el punto de vista físico como psíquico, no deja de ser satisfactorio y una buena fuente de diversión.

Pero el regateo puede hacer que una persona se sienta un poco culpable, en especial si el vendedor es alguien pobre que vende un recuerdo cuyo precio de venta es ya bajo. En ese caso, el vendedor se considera afortunado si consigue un beneficio de unos pocos centavos al día.

A veces, en nuestras oraciones intentamos hacer tratos con Dios o, dicho de otro modo, negociar una respuesta que sea de nuestro agrado. ¿Me equivoco o le ha pasado alguna vez? ¿Se supone que nuestra comunicación con Dios tiene que incluir el regateo, la negociación, el halago e, incluso, la amenaza?

La mayoría de la gente tendría que admitir que sus oraciones tienden a ir cargadas de promesas; cosas del estilo: “Señor, si haces esto por mí, yo haré aquello por ti”. Quizá no estemos dispuestos a admitir que regateamos con el Señor, pero si, de vez en cuando, prestásemos atención a nuestras oraciones, quedaríamos francamente sorprendidos.

Sin embargo, el hecho es que no es preciso que lleguemos a intimidar, coaccionar, encandilar, halagar, engatusar ni hacer promesas. La manera más honrosa y que mayor éxito tiene a la hora de pedirle algo a alguien, en especial si ese alguien es una persona amada y sabemos que nos quiere, es, sencillamente, pedirlo.

Pedir, en lugar de exigir, es uno de los métodos de comunicación que más éxito tienen, porque deja las manos libres al que recibe la petición. En este punto, tiene libertad para aceptar, declinar, añadir o desentenderse de la petición. El hecho de pedir sin más brinda al otro la posibilidad de mostrarse compasivo y favorable.

Basta con que pida humildemente al Señor creyendo que él responderá.

Pídele a Dios primero

Basado en Lucas 18:1 al 8

“Pedid, y se os dará, buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá”
(Mateo 7:7).

A MENUDO, LA ORACIÓN no es más que un plan alternativo, una segunda posibilidad. Quizá oremos por alguna necesidad, pero tenemos a punto un plan B. La oración no tendría que ser el último recurso, como si se tratara de algo así como: “Cuando todo lo demás falla, ora”.

Hace varios años, a un pariente nuestro le diagnosticaron un cáncer que, por fortuna, era operable. Aunque el resultado parecía posiblemente bueno, a nadie le gusta escuchar un diagnóstico así. Mi corazón está con cualquier familia que se enfrenta a una crisis parecida. Enténdaseme bien, no criticaré ni elogiaré la vía que escojan para enfrentarse a ese enemigo. Sin embargo, permítame que le explique la opción que tomó mi familia.

Dos semanas antes de la operación, la familia se reunió en el salón y se arrodilló alrededor del enfermo. Se elevaron varias oraciones y cuando su frente fue ungida con el aceite, todos extendimos la mano hasta tocarlo, encomendando el resultado al Gran Médico.

Esto es una unción y se suele pedir cuando ya han fracasado todos los demás remedios. Algunos lo ven como una especie de rito final. Nuestra familia lo veía de manera distinta. Entendimos que teníamos que llevar el problema a Jesús antes que considerarlo como un último recurso. Damos gracias a Dios porque esta persona se recuperó.

Permítame sugerirle que recuerde esto: Cuando le pedimos a Jesús que haga algo y él responde nuestras oraciones, antes que dar las gracias al médico o atribuir los méritos a algún medicamento milagroso, deberíamos darle las gracias a Dios.

En su sentido más elevado, pedir es un acto de fe. Pedir es tener fe en Dios. Por supuesto, solo podremos pedir a alguien a quien amamos y en quien confiamos, porque le transferimos la elección a la persona a quien pedimos. Cuando adquirimos el hábito del regateo, de la negociación, de la manipulación o de la exigencia, pensamos que tenemos el control de la situación.

Después de que se haya dado el último estudio bíblico y se haya predicado el último sermón, recibiremos la salvación por medio de la oración, la petición, porque Jesús viene al corazón en respuesta a la misma. Por más que para nosotros la salvación que Jesús adquirió en la cruz sea gratuita, si no la pedimos, no será nuestra.

Pídale a Dios en primer lugar.

Vuestro Padre sabe

Basado en Lucas 18:1 al 8

“Dios, tú conoces mi insensatez, y mis pecados no te son ocultos”
(Salmo 69:5).

RECUERDO CUANDO, de regreso del hospital, trajimos a casa a nuestro primer bebé. En aquella época, la madre y el bebé permanecían ingresados aproximadamente durante una semana. Para la madre era un descanso agradable, pero para el padre la espera era interminable. En la actualidad, es común que madre e hijo vayan a casa al día siguiente del parto.

Una vez que el bebé estuvo en casa, comenzó el juego de adivinanzas. ¿Qué hay que hacer? ¿Qué necesita? ¿Por qué llora? ¿Le duele algo? ¿Qué significa esta erupción? ¿El bebé comió lo suficiente? ¿Acaso comió demasiado? ¿Hay que acudir corriendo cada vez que el bebé llora? ¿Tiene que comer cada tres horas o según demanda? ¿No hay problema en que el bebé se chupe el dedo? ¿A qué edad tiene que empezar a comer cereales? ¡Demasiadas preguntas!

Tratamos de hacerlo lo mejor que pudimos y darle al bebé todo lo que necesitaba aunque no queríamos consentirla. Al cabo de un tiempo, empezó a bastarnos el tono del llanto o su aspecto para reconocer qué necesitaba la niña. Cuando acertábamos, todo iba de maravilla (y sin llantos). Pero cuando nos equivocábamos, todo el edificio se enteraba.

Si Dios, que es nuestro Padre celestial, sabe lo que necesitamos, ¿por qué tenemos que pedírselo? ¿No es eso una señal de falta de fe por nuestra parte? Al contrario. En realidad, no orar indica una enorme falta de interés; peor aún, es rayano a la presunción.

La oración es comunicación con Dios. Tanto si estamos agradecidos por algo como si estamos preocupados, no expresarle nuestros sentimientos y nuestras necesidades indica que no valoramos la amistad de Dios. Es imposible mantener una relación con alguien con quien no nos comunicamos.

Adoptar un punto de vista fatalista y pensar que sucederá lo que tenga que suceder nos expulsa de la ecuación, de manera que no tendremos posibilidad de influir en el resultado.

Santiago 1:5 y 6 dice: “Si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pida con fe, no dudando nada, porque el que duda es semejante a la onda del mar, que es arrastrada por el viento y echada de una parte a otra”. Pedir con fe significa que creemos que Dios responderá nuestra oración en sus términos y en su momento. A fin de cuentas, esa es la respuesta que queremos...

Pedir, buscar, llamar

Basado en Lucas 18:1 al 8

“Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá” (Mateo 7:8).

EN MATEO 7:11 Jesús hizo una pregunta retórica. Después de haber recordado a sus oyentes que, aunque eran padres imperfectos, sabían dar cosas buenas a sus hijos, les dijo: “¿Cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará buenas cosas a los que le pidan?”. Dos palabras a tener en cuenta en este texto son “buenas cosas”.

En esta vida, nuestros padres y nuestras madres nos han dado regalos. Nos encanta dar regalos a nuestros hijos y nietos, pero a veces tales regalos no son buenos. En cambio, los regalos de nuestro Padre celestial siempre son buenos. En Santiago 1:17 se dice: “Toda buena dádiva y todo don perfecto desciende de lo alto, del Padre de las luces, en el cual no hay mudanza ni sombra de variación”. Nuestra satisfacción y nuestro agradecimiento serían más completos si recordásemos que nuestro Padre celestial solo nos da buenas dádivas.

Además de hacer que el sol brille sobre justos e injustos, Dios es el responsable de que el corazón humano lata 2.500 millones de veces a lo largo de la vida, bombeando casi un millón de litros de sangre que circula por una red de vasos sanguíneos de más de 160.000 km de longitud. Él es quien hace que, de una diminuta semilla, nazca una planta que luego dará una zanahoria, la cual, tras el proceso de digestión, se transformará en compuestos químicos que dan sustento a la vida. Son cosas que no es preciso que hagamos, pero por las cuales debemos estar agradecidos.

Por tanto, sabiendo que nuestro Padre Dios solo tiene interés en darnos buenas dádivas, a nosotros nos corresponde apartar nuestras oraciones de aquello que pensamos que es bueno para nosotros y centrarlas en lo que Dios sabe que nos conviene. Aunque no siempre podremos saber los detalles concretos, es posible descubrir su voluntad mediante el estudio de su Palabra. La Biblia nos dice que su voluntad es que seamos como Jesús y que él nos ayudará a lograr ese objetivo. ¿Qué mejor regalo se puede pedir?

La conclusión es que la oración no es decirle a Dios algo que él ya sabe, sino que él nos pide que oremos para que podamos ser capaces de recibir lo que él quiere darnos. A medida que la vida espiritual crezca y se desarrolle, nuestras perspectivas madurarán y serán cada vez más parecidas a las de nuestro Padre celestial; hasta el punto de que su deseo y el nuestro serán idénticos.

El protocolo de la oración

Basado en Lucas 18:1 al 8

“¡Sean gratos los dichos de mi boca y la meditación de mi corazón delante de ti, Jehová, roca mía y redentor mío!” (Salmo 19:14).

TRABAJÉ CON ADRA (Agencia Adventista para el Desarrollo y Recursos Asistenciales) durante doce años. ADRA trabaja en estrecha colaboración con los gobiernos locales con el fin de aliviar el sufrimiento de sus poblaciones más vulnerables y para desarrollar programas a largo plazo que mejoren su salud y bienestar general. Durante esos años tuve la oportunidad de viajar a muchos países del mundo y de relacionarme con líderes gubernamentales y personas con capacidad de decisión.

En varias ocasiones he declarado ante comités de la Cámara de Representantes de los Estados Unidos a favor de la labor realizada por las agencias internacionales de voluntariado. En las ocasiones importantes es raro que quien habla lo haga de manera espontánea. Se tiende a leer una declaración previamente escrita. Me despertó el interés descubrir que, de hecho, si todavía no se ha incorporado a las actas definitivas de las sesiones, está permitido modificar una declaración ya presentada ante los miembros del comité.

Para trabajar en las altas esferas de gobierno es preciso seguir un cierto protocolo. Un protocolo es una ceremonia o una formalidad preestablecida que es preciso seguir en una situación específica.

¿Qué tiene esto que ver con la oración? Hay quienes, por una razón u otra, han llegado a creer que para orar es preciso seguir un determinado protocolo; y no solo eso, sino también usar un lenguaje específico acompañado de un tono de voz concreto. No es raro que algunos se dirijan a Dios de una manera que podría ser definida como lenguaje religioso diplomático.

Cuando oran, además de cambiar su lenguaje, modifican la voz y los gestos. Cuando hablan con sus amigos se muestran distendidos y relajados; pero cuando oran se muestran rígidos, incluso nerviosos y en guardia con respecto a lo que dicen y cómo lo dicen.

Si bien el protocolo y la diplomacia son importantes en las relaciones entre las naciones, para hablar con Dios la corrección política forzada es innecesaria. Los Salmos de David (en realidad, sus oraciones) proceden del corazón. Al leerlos, uno no tiene que llamar al departamento jurídico para entender lo que quería decir. David era un poeta y sus oraciones reflejan su don; sin embargo, en la poesía se escuchan los sentimientos de su corazón.

Dios también lee su corazón.

“Vanas repeticiones”

Basado en Lucas 18:1 al 8

“Y al orar no uséis vanas repeticiones, como los gentiles, que piensan que por su palabrería serán oídos. No os hagáis, pues, semejantes a ellos, porque vuestro Padre sabe de qué cosas tenéis necesidad antes que vosotros le pidáis” (Mateo 6:7, 8).

CUANDO LEO las oraciones de David, dos cosas me impresionan: (1) que expresa los sentimientos de su corazón, fueran los que fueran en aquel momento, y (2), aunque a veces sentía amargura y estaba enfadado con sus enemigos, no veía a Dios como parte de su problema, sino como parte de su solución. Sabía quién era su enemigo y que este no era Dios.

En ocasiones expresaba su frustración y su impaciencia: “¿Por qué estás lejos, Jehová, y te escondes en el tiempo de la tribulación?” (Sal. 10:1). A veces expresa la desesperación: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? ¿Por qué estás tan lejos de mi salvación y de las palabras de mi clamor?” (Sal. 22:1). O esta: “¿Hasta cuándo, Jehová? ¿Me olvidarás para siempre? ¿Hasta cuándo esconderás tu rostro de mí? ¿Hasta cuándo tendré conflictos en mi alma, con angustias en mi corazón cada día? ¿Hasta cuándo será enaltecido mi enemigo sobre mí? Mira, respóndeme, Jehová, Dios mío; alumbrá mis ojos, para que no duerma de muerte” (Sal. 13:1-3).

Cuando hablamos a Dios desde el corazón, no es necesario que la oración sea algo organizado, claramente expresado ni coherente. Podemos expresarle libremente nuestros deseos y necesidades más íntimos. Podemos compartir nuestros pensamientos más profundos, incluso si son intolerables o inadmisibles.

Sería bueno que empezáramos las oraciones con agradecimiento y alabanza a Dios. En la vida puede llegar un momento en que el dolor y el pesar son tan grandes que se pierdan las ganas de orar. Es posible que el corazón esté tan quebrantado que las oraciones, al menos a corto plazo, no parezcan traer consuelo. Empezar a orar recordando y enumerando las maneras en que en el pasado Dios estuvo con nosotros a menudo puede aliviar esa sensación. El apóstol Pedro nos dice que debemos echar toda nuestra ansiedad sobre él (ver 1 Ped. 5:7). El versículo 22 del Salmo 55 nos exhorta a depositar nuestra carga en el Señor y promete que, al hacerlo, él nos sostendrá.

A Dios podemos decirle cómo nos sentimos exactamente. A diferencia de nosotros, él no se enoja, no se amarga ni se desalienta. Es el mismo ayer, hoy y siempre (ver Heb. 13:8).